

Jean Racine
Fedra



selección **doce uvas**

RIALP

JEAN RACINE

Fedra

[Representada por primera vez
el 1 de enero de 1677
en el Hotel de Bourgogne (París)]

Traducción, introducción y notas
de RAFAEL GÓMEZ PÉREZ

EDICIONES RIALP S. A.

MADRID

© 2017 de la versión española y de la traducción, introducción
y notas de RAFAEL GÓMEZ PÉREZ by EDICIONES RIALP, S. A.
Colombia, 63 — 28016 Madrid
(www.rialp.com)

Preimpresión: Jorge Alonso Andrades
ISBN: 978-84-321-4899-6

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción

Jean Racine, vida y teatro

Racine, con Molière y Corneille, compone el trío del mejor teatro francés, en la época clásica, y quizá también desde entonces. Racine nació el 22 de diciembre de 1639 en La Ferté-Milon, un pequeño pueblo de la Picardía, a unos 90 kilómetros de París. Murió el 21 de abril de 1699 en París.

Huérfano a los cuatro años, fue adoptado por sus abuelos, quienes lo pusieron al cuidado de las religiosas de Port Royal, lo que hizo inevitable una educación jansenista, aunque Racine nunca la llevó al extremo. De hecho, cuando se decantó por la dramaturgia rompió con sus antiguos maestros rigoristas que consideraban el teatro ocasión de vicios y malas costumbres. De todos modos, cuando salió de Port Royal sabía a la perfección latín y griego, pudiendo leer a Sófocles y Eurípides en la lengua original.

Durante un tiempo siguió estudios eclesiásticos porque su familia deseaba orientarlo hacia el sacerdocio, pero una vez más siguió su propio gusto. Decide dedicarse por completo a la literatura, va a París, se arrima a la Corte, lleva una vida frívola, recibe algunos favores de Luis XIV y logra que la compañía de Molière represente dos de sus obras. No a gusto con el montaje de Molière, su siguiente obra la da a una compañía rival, por lo que se enemista con el comediógrafo.

El renombre y la fama le llegan en 1667, con *Andrómaca*. Después vendrían *Británico* (1669), *Berenice* (1670), *Bayaceto* (1672), *Mitrídates* (1673, año de su ingreso en la Academia Francesa), *Ifigenia* (1674) y *Fedra* (1677).

Precisamente después de *Fedra* da un giro a su vida. Se hace más devoto, se casa con Catherine de Romanet (que le dará siete hijos, entre ellos el poeta Luis Racine) y, lo más sorprendente, deja de escribir teatro, incluso destruye obras que tenía en preparación.

Nombrado historiógrafo del rey Luis XIV, se dedica enteramente a su tarea de cronista. Lo que escribió después —significativamente dos obras con tema bíblico— fue por compromiso. Madame de Maintenon, amante y desde 1683

esposa morganática y secreta de Luis XIV, le pidió que compusiera para las alumnas internas del Colegio de Saint-Cyr. Así nacieron las tragedias bíblicas *Esther* (1689) y *Atalía* (1691). Su reencuentro con el jansenismo le lleva a escribir *Breve Historia de Port-Royal*, que se publicará póstuma.

Sus restos descansan en el presbiterio de Saint-Étienne-du-Mont, París, muy cerca de los de Pascal, cuyos *Pensamientos* tanto lo habían conmovido.

Escribía la primera versión de sus tragedias en prosa y luego las versificaba en pareados de alejandrinos. Es más cercano que Corneille, más natural, más lírico. Se nota que la influencia principal es la de Eurípides, el más psicólogo de los dramaturgos griegos.

Fedra, considerada desde su estreno su mejor obra, es un prodigio en el análisis de pasiones prohibidas (Fedra), de la inocencia (Hipólito), de la influencia de los malos consejeros (Enone) y de una cierta inopia del por otra parte legendario héroe Teseo. Aunque se conozca la historia de antemano, Racine dosifica la intriga con tanto saber teatral que la obra se lee con interés.

Fedra, en Racine, no es una mala madrastra propensa al incesto. Como se ha comentado con frecuencia, es una Fedra casi jansenista, de rigurosa conciencia. Desde que se da cuenta de su inclinación por su hijastro, Hipólito, que ella atribuye a una venganza de Venus, la combate con todos los medios. Solo cuando llega la noticia de que Teseo ha muerto, cede en confesar su amor a un horrorizado Hipólito. Pero a partir de ahí la tragedia se desencadena.

La obra es también un cierto repaso a buena parte de la mitología griega: el “abuelo” de Fedra es nada menos que Júpiter, ya que el padre, Minos, era uno de los hijos que el padre de los dioses tuvo con Europa. La madre de Fedra, Pasifae, era hija de Helios, la personificación del sol. Por su parte, Teseo, según algunas fuentes, era hijo de Neptuno.

La tragedia de Fedra es uno de los argumentos más versionados desde Eurípides (*Hipólito*). Hay una *Fedra* de Séneca y otra de Unamuno. Rameau estrenó en 1733 *Hipólito y Aricia*. En 2007 se estrenó en Berlín la ópera-concierto *Phaedra*, del compositor alemán Hans Werner Henze.

En la traducción que aquí se ofrece se conserva el verso alejandrino, aunque sin rima, salvo en algunos pocos momentos, por los que se puede calcular el efecto de una entera obra rimada.

FEDRA

PERSONAJES

TESEO, hijo de Egeo y rey de Atenas.

FEDRA, esposa de Teseo, hija de Minos y Pasífae.

HIPÓLITO, hijo de Teseo y Antíope, reina de las Amazonas.

ARICIA, princesa de la casa real de Atenas.

TERÁMENES, ayo de Hipólito.

ENONE, nodriza y confidente de Fedra.

ISMENE, confidente de Aricia.

PANOPE, mujer del séquito de Fedra.

GUARDIAS.

ACTO I

Escena I¹ (HIPÓLITO, TERÁMENES)

HIPÓLITO: La decisión ya es firme, mi querido Terámenes,
ya termina mi estancia en la hermosa Trecenia.
En la duda mortal que me agita estos días,
de mi ociosidad empiezo a avergonzarme.
Hace más de seis meses que no veo a mi padre,
desconozco el destino de aquel que tanto quiero,
ignoro incluso el sitio donde puede encontrarse.

TERÁMENES: Señor, ¿en qué lugares iréis vos a buscarlo?
Yo, para remediar vuestro justo temor,
recorrí los dos mares que separan Corinto.
Pregunté por Teseo a gentes de esa orilla
que ve el río Aqueronte perderse entre los muertos².
Yo visité la Hélida y, dejando el Tenaro,
llegué junto a la mar donde Ícaro se hundió³.
¿En qué nueva esperanza, en qué felices climas
creeréis descubrir las huellas de sus pasos?
¿Quién puede saber ya si el Rey, vuestro padre,
desea de su ausencia mantener el misterio?
¿Quién sabe si, temiendo nosotros por su suerte,
tranquilo él nos oculta otros nuevos amores?
Este héroe busca siempre embaucar a una amante...⁴

HIPÓLITO: Mi querido Terámenes, para; honra a Teseo,
que superó hace tiempo sus errores de joven.
Él no está retenido por un indigno obstáculo.
Vencida de Teseo la fatal inconstancia,
Fedra, desde hace tiempo, no conoce rival.
En fin, si yo lo busco cumpliré mi deber
y huiré de estos lugares que no me gusta ver.

TERÁMENES: ¿Desde cuándo, Señor, teméis vos la presencia de estos bellos lugares, caros a vuestra infancia? Siempre os vi preferir esta agradable estancia al tumulto pomposo de Atenas y su corte. ¿Qué peligro o, mejor, qué dolor os aleja?

HIPÓLITO: Esos tiempos felices pasaron, cambió todo desde que a estas tierras los dioses enviaron a una de las hijas de Minos y Pasífae.

TERÁMENES: Sí, de vuestros dolores conozco bien la causa. Fedra aquí os disgusta e hiere vuestra vista. Peligrosa madrastra, al punto que os vio quiso con vuestro exilio aumentar su poder; mas su odio por vos, antes encarnizado, o ha desaparecido o es ya mucho menor. Además, ¿qué peligro os puede acarrear una mujer enferma y que busca morir? Fedra sufre de un mal que se obstina en callar. Cansada de sí misma y de la luz del día, ¿puede ella en ese estado causaros algún mal?

HIPÓLITO: Su vana enemistad no es lo que yo temo. Hipólito, al huir, huye de otra enemiga. Huyó, te lo confieso, de esa joven Aricia, hija de fatal sangre contra nos conjurada.

TERÁMENES: ¿Qué? ¿Cómo vos mismo intentáis perseguirla? Jamás la amable hermana de los crueles Palántidas⁵ se unió a los complots de sus hermanos pérfidos. ¿Y os disponéis a odiar su inocente atractivo?

HIPÓLITO: Si yo odiara a Aricia, de ella no huiría.

TERÁMENES: Señor, ¿se me permite explicar vuestra huida? ¿Dejáis ahora de ser ese soberbio Hipólito implacable enemigo de las leyes de amor, un yugo que Teseo sufrió con gran frecuencia? Venus, por vuestro orgullo, con rigor desdeñada, ¿justificar querrá finalmente a Teseo

haciendo que seáis cual los demás mortales?

HIPÓLITO: Amigo, ¿qué me dices?

Mi corazón conoces desde que yo respiro.

¿Puedes tú demandarme vergonzosa traición
a este mi sentimiento altivo y desdeñoso?

No es solo que, en su leche, una madre amazona⁶
me haya dado este orgullo que ahora a ti te asombra.

Cuando hube llegado a una edad más madura,
encontré muy plausible lo que yo ya pensaba.

Estando unido a mí por un celo sincero,
me hiciste conocer la historia de mi padre.

Sabes cómo mi alma, tan atenta a tu voz,
se enardecía oyendo esas nobles hazañas,
cuando tú me pintabas a ese héroe intrépido
que consolaba al mundo por la ausencia de Alcides⁷.

Los monstruos ahogados, los bandidos vencidos,
Procusto⁸ y Escirón⁹ y Cerción¹⁰ y aquel Sinis¹¹,
los huesos dispersados del gigante Epidauro,
en Creta humeando sangre de Minotauro.

Pero cuanto contabas hechos menos gloriosos,
fidelidad ofrecida y aceptada en mil sitios,
y Helena, en Esparta, a sus padres quitada,
Salamina testigo de Peribea los llantos,
tantas otras con nombres que no he retenido,
tantos crédulos ánimos por su ardor engañados.

Ariadna en la roca llora sus injusticias,
y Fedra, al fin, raptada, con mejores auspicios.

Sabes con qué disgusto oía yo esos discursos,
y te urgía siempre a abreviar el relato.

Feliz yo hubiera sido anulando la indigna
mitad de una tan grande y tan gloriosa historia.

¿Y yo a mi vez sería envuelto en esos lazos?

¿Y los dioses habrían querido así humillarme?

Mis cobardes suspiros serían más despreciables,
al carecer de aquello que hace a Teseo excusable.

Hasta hoy no he sabido ningún monstruo domar,
y no tengo el derecho de fallar como él.

Aunque ahora mi orgullo se haya dulcificado,

¿tendría que conceder a Aricia la victoria?

¿No vendría de continuo a mi alma perturbada
el obstáculo eterno que nos ha separado?
Mi padre la rechaza y con leyes severas
prohíbe que a sus hermanos perpetúe sobrinos¹².
Desconfía del brote de una estirpe culpable;
él quiere, con la hermana, enterrar ese nombre;
y que hasta la tumba, sumisa a su tutela,
jamás luzcan en ella luces de un himeneo.
¿Puedo apoyar su causa contra un padre irritado?
¿Daría ese ejemplo a la temeridad?
Mi juventud perdida en un tan loco amor...

TERÁMENES: Señor, si vuestra hora ha ya marcado el Cielo
para nada tendrá en cuenta nuestro intento.
Teseo abre vuestros ojos, al quererlos cerrar,
y su odio, irritando a vuestro amor rebelde,
concede a su enemiga una luz renovada.
¿Por qué de un casto amor tendríais que asustaros?
Si hay ahí dulzura, ¿por qué no la probáis?
¿Seréis víctima siempre de un escrúpulo huraño?
¿Teme alguno perderse tras las huellas de Hércules?
¿Qué corazones firmes no ha vencido Venus?
¿Qué sería de vos, si pensáis combatirla,
si Antíope siempre a sus leyes opuestas
se quemó por Teseo en un púdico ardor?
¿De qué sirve adoptar un discurso soberbio?
Todo cambia, admitidlo; y desde algunos días
se os ve, ya mucho menos orgulloso y salvaje,
recorrer con el carro estas nuestras riberas
o brillar en el mar con el neptuno arte¹³
o hacer tascar el freno a indómito corcel.
Los bosques ya no albergan vuestros antiguos gritos,
y es que un fuego secreto os grava la mirada.
Eso no ha durar; vos amáis, vos ardéis,
perecéis de un mal que vos disimuláis.
¿La encantadora Aricia ha sabido atraeros?

HIPÓLITO: Terámenes, yo parto; y buscaré a mi padre.

TERÁMENES: ¿No pensáis ver a Fedra antes de vuestra ida?

HIPÓLITO: Mi propósito es ese; vos podéis advertirla.
Pero... tendré que verla, ya que ese es mi deber.
Mas, ¿qué nueva desgracia turba a su fiel Enone?

Escena II
(HIPÓLITO, TERÁMENES, ENONE)

ENONE: ¡Ay, Señor! ¿Qué desdicha será igual a la mía?
La reina se aproxima al término fatal.
Vanamente yo cuido día y noche de ella.
Se me muere en los brazos de un mal que ella me oculta,
un desorden perpetuo se adueña de su espíritu.
Su inquieta desazón la arranca de su lecho.
Quiere la luz del día, mas su dolor profundo
me ordena alejar de ella a todo lo demás.
Aquí viene...

HIPÓLITO: No quiero mostrarme a quien me odia.

Escena III
(FEDRA, ENONE)

FEDRA: No sigamos ya más. Parémonos, Enone,
apenas me sostengo, mi fuerza me abandona,
y esta luz del día hace daño a mis ojos.

ENONE: ¡Dios todopoderoso, nuestros llantos te aplaquen!

FEDRA: Me cansan los adornos, estos velos me pesan.
¿Qué inoportuna mano haciéndome estos rizos,
ha ceñido mi frente reuniendo mi cabello?
Todo me aflige y daña, todo lleva a sufrir.

ENONE: Es que vuestros deseos se enfrentan entre sí.
Vos misma, condenando vuestros tristes designios,
vos misma lo ordenasteis, mandado que lo hiciera,
vos misma, recordando vuestra fuerza primera,

queríais mostraros a plena luz del sol.
Ahora la veis, señora, y dispuesta a ocultaros,
¿odiáis la claridad que queríais ver?

FEDRA: Noble y brillante autor de una triste familia,
Tú, del que mi madre decía ser la hija,
que quizá te sonrojes al verme en este estado,
Sol, yo te saludo hoy por la última vez¹⁴.

ENONE: ¿No vais a abandonar ese cruel deseo?
¿Tendré que veros siempre renunciando a la vida
y hacer de vuestra muerte los funestos augurios?

FEDRA: Siento no estar sentada a la sombra de un bosque,
y a través de una nube de polvo en su carrera
ver la estela liviana de un carro que se aleja...

ENONE: Señora, ¿qué...?

FEDRA: Insensata. ¿Qué acabo de decir?
¿Adónde dejo ir mis deseos y mi espíritu?
Lo he perdido; los dioses me lo han arrebatado.
Enone, tengo el rostro cubierto de rubor.
Te estoy dejando ver vergonzosos dolores,
mis ojos se desbordan incluso a mi pesar.

ENONE: Si habéis de avergonzaros, hacedlo de un silencio
que a vuestros males da incluso más violencia.
Rebelde a mis cuidados y sorda a mis palabras,
¿queréis sin piedad terminar vuestros días?
¿Qué furor los limita en mitad de su curso?
¿Qué encanto, qué veneno ha cegado su fuente?
Por tres veces las sombras vencieron a los días
y el sueño no ha podido entrar en vuestros ojos.
El día ya tres veces venció a la noche oscura
y vuestro cuerpo, lánguido, carece de alimento.
¿Por qué negro designio así os dejáis tentar?
¿Con qué derecho vais a atentar contra vos?
Vos ofendéis al Cielo, autor de vuestra vida,
traicionáis al esposo con el que estáis unida,

traicionáis a los hijos a quienes condenáis¹⁵
a padecer un día un riguroso yugo.
Pensad que un mismo día perderán a su madre
y esperanza dará al hijo de una extraña,
a ese duro enemigo de vos, de vuestra sangre,
hijo de una amazona que lo llevó en el seno,
ese Hipólito...

FEDRA: ¡Ah, dioses!

ENONE: Mi reproche os mueve.

FEDRA: ¡Desgraciada! ¿Qué nombre salió ahora de tu boca?

ENONE: Esta vez vuestra cólera estalla con razón.
Amo veros temblar ante el funesto nombre.
Vivid, no soportéis que el hijo de una escita
someta a vuestros hijos a un dominio oprobioso,
rija la mejor sangre de Grecia y de los dioses.
Pero no os retardéis, cada momento es muerte.
Reparad prontamente vuestra fuerza abatida,
en tanto que aún luce la luz de vuestra vida.
Puede estar ciertamente cerca de consumarse,
pero el ardor persiste y puede reavivarse.

FEDRA: Prolongué demasiado el tiempo de esa culpa.

ENONE: ¿Qué?, ¿por qué pesares os sentís desgarrada?
¿Qué crimen puede dar una angustia tan honda?
¿Vertieron vuestras manos una sangre inocente?

FEDRA: Por el favor del Cielo, es mi mano inocente.
Haga el cielo inocente así a mi corazón.

ENONE: ¿Tan horrible designio vos habéis concebido
que vuestro corazón se ha de sentir culpable?

FEDRA: Ahórrame ya el resto, lo que he dicho es bastante.
Muero al no revelar confesión tan funesta.

ENONE: Morid, pues, y guardad un silencio inhumano;
otra mano se ocupe en cerrar vuestros ojos.
Aunque apenas os quede un hálito de vida
mi alma hacia los muertos descenderá primera.
Son miles los caminos que allí conducen siempre
y mi justo dolor buscará los más cortos.
Cruel, ¿cuándo mi fe os ha faltado nunca?
Pensad que os recogieron mis brazos al nacer.
Por vos dejé mi patria, por vos dejé a mis hijos.
Y mi fidelidad, ¿así premiáis ahora?

FEDRA: ¿Qué esperas alcanzar de esa tu fiereza?
Temblarías de horror si rompo mi silencio.

ENONE: ¿Y qué podríais decirme mayor, o grandes dioses, que el horror de yo veros expirar en mis brazos?

FEDRA: Cuando sepas mi crimen y aquello que me espera, no solo moriré: moriré más culpable.

ENONE: En nombre de las lágrimas que por vos he vertido, por las rodillas frágiles que de abrazar no dejo, liberad ya mi espíritu de esa funesta duda.

FEDRA: Tú lo quieres. Levántate.

ENONE: Y yo os escucharé.

FEDRA: ¡Cielos! ¿Qué he de decir? ¿Por dónde comenzar?

ENONE: No me ofendáis ya más con tan vanos temores.

FEDRA: ¡Oh, el odio de Venus! ¡Oh cólera fatal!
¡Qué desviados amores mi madre cometió!¹⁶.

ENONE: Olvidarlos debemos, y así en el futuro un silencio perpetuo cubra el triste recuerdo.

FEDRA: Ariadna, mi hermana, ¿de qué amor herida moriste en la roca donde te abandonaron?¹⁷

ENONE: Señora, ved qué hacéis. ¿Y qué mortal enojo os lleva a ser contraria a vuestra propia sangre?

FEDRA: Pues que Venus lo quiere, de esa sangre culpable yo perezco la última y la más miserable.

ENONE: ¿Vos amáis?

FEDRA: De esa furia poseída yo estoy.

ENONE: ¿A quién?

FEDRA: Del amor tengo todas las ansiedades.

ENONE: Hablad, que os escucho.

FEDRA: Oirás horrores... Yo amo...
Ante el nombre fatal tiemblo, y es que yo amo...

ENONE: ¿A quién?

FEDRA: ¿Sabes del hijo de aquella amazona
tanto tiempo por mí vejado y oprimido?

ENONE: ¡Hipólito! ¡Oh, dioses!

FEDRA: Eres tú quien lo nombra.

ENONE: ¡Justo Cielo! La sangre se congela en mis venas.
Desesperanza, crimen, ¡oh, deplorable raza!
Infortunado mi viaje a esta costa maldita,
¿hacía falta llegar a tan tristes orillas?

FEDRA: Mi mal es de más lejos. Cuando ya con Teseo
con las leyes del himen me hube desposado
y el descanso y la paz parecían seguros,
Atenas me mostró a mi gran enemigo.
Le vi, me sonrojé, palidecí a su vista,
y la emoción llegó a mi alma enajenada.
Mis ojos no veían y mis labios no hablaban.
Sentía que mi cuerpo se helaba y luego ardía;
descubrí que era Venus, sus ardores terribles,
que a mi sangre persiguen inevitablemente.
Mediante asiduos votos creí poder echarlos.
Le construí un templo y me esforcé en ornarlo.
Rodeada de víctimas de continuo ofrecidas,
buscaba en sus entrañas mi razón desviada.
¡Un remedio impotente contra incurable amor!
En vano en el altar yo quemaba el incienso.
Si mi boca imploraba el nombre de la diosa,
yo adoraba a Hipólito, lo veía sin cesar
también junto a las aras que yo hacía humear.
Ofrecía todo al Dios que no oso nombrar.
Lo evitaba, lo huía. ¡Oh, colmo de miseria!,

mis ojos lo encontraban en los rasgos del padre.
En fin, contra mí misma me atreví a rebelarme.
Empleé mi coraje en su persecución.
Para tener distante a un enemigo amado,
adoptaba los modos de una injusta madrastra.
Yo forcé su destierro y mis perpetuos gritos
le arrancaron del seno de los brazos paternos.
Respiré entonces, Enone; desde que estuvo ausente,
mi vida, más tranquila, transcurría inocente.
Sumisa a mi marido y ocultando mis penas,
cultivaba los frutos de mi infausto connubio.
¡Precauciones inútiles! ¡Oh, destino cruel!
Conducida a Trecenia por mi mismo marido,
volví a ver a aquel del que me había alejado
y muy pronto mi llaga ha de nuevo sangrado.
Ya no era un ardor que ocultaba en mis venas,
Venus completamente se aferraba a su presa.
Concebí por mi crimen un muy justo terror,
se hizo odiosa la vida y mi amor un horror.
Quería con mi muerte salvaguardar mi honra,
y quitar de la vida una llama tan negra.
Resistir no he podido tus lágrimas, tu asedio.
Te he confesado todo, de ello no me arrepiento,
con tal de que respetes mi muerte, que está próxima,
y no me abrumes más con injustos reproches.
Que tus vanos socorros no intenten reanimar
lo que queda de vida ya presta a terminar.

Escena IV
(*FEDRA, ENONE, PANOPE*)

PANOPE: Señora, yo quisiera ocultar triste nueva,
pero es imposible callarse en este asunto.
Vuestro invencible esposo ha encontrado la muerte,
una desdicha que solo vos ignoráis.

ENONE: Panope, ¿qué me anuncias?

PANOPE: Que la confiada reina

en vano pide al Cielo de Teseo el regreso,
y que por los navíos arribados a puerto
Hipólito, su hijo, ya sabe de su muerte.

FEDRA: ¡Cielos!

PANOPE: Atenas duda en elegir a un jefe;
por vuestro hijo, el príncipe, algunos se deciden;
pero otros, que olvidan las leyes del Estado,
apoyan con su voto al hijo de la extraña.
E incluso ya se dice que una intriga insolente
quiere que reine Aricia, la sangre de Palante.
De este grave peligro he querido informaros.
Ahora el mismo Hipólito se dispone a partir
y con razón se teme que si él aparece
arrastre tras de sí a un pueblo tan voluble.

ENONE: Basta, Panope, ya la reina te ha entendido,
y no descuidará este importante aviso.

Escena V
(FEDRA, ENONE)

ENONE: Señora, había dejado de instaros a vivir,
y yo incluso a la tumba pensaba acompañaros,
no tenía ya palabra capaz de convenceros,
mas la nueva desgracia os prescribe otra norma.
Vuestra fortuna cambia y toma nueva forma.
El rey no está ya aquí. Hay que ocupar su sitio.
Su muerte os deja un hijo a quien vos os debéis:
esclavo si os pierde y rey si vos vivís.
Si vos faltáis, ¿en quién queréis que él se apoye?
Y no tendrán sus lágrimas mano que las enjague.
Y su grito inocente llegará hasta los dioses
acusando a la madre e irritando a los avos.
¡Vivid! Ya no tenéis por qué haceros reproches.
Vuestro amor se convierte en un amor común.
Expirando, Teseo, ha deshecho los nudos
que hacían de vuestros fuegos una horrible pasión.
Hipólito ya no es para vos tan temible,
verlo siempre podéis sin sentir os culpable.
Quizá, bien convencido de que lo perseguís,
puede ponerse al frente de aquella sedición.

Sacadle de su error y doblad su coraje.
Es rey de este lugar, Trecenia es su herencia.
Él sabe que la ley concede a vuestro hijo
las soberbias murallas que un día Minerva alzó.
Los dos tenéis ahora un común enemigo.
Ahora uníos los dos y combatid a Aricia.

FEDRA: Y bien, por tus consejos yo me dejo arrastrar.
Vivamos si es posible volver hacia la vida
y si el amor de un hijo en este día funesto
puede fortalecer mis ya débiles miembros.

¹ La escena tiene lugar en Trecenia, ciudad del Peloponeso. El lugar actual se denomina Trecén, y cerca de él se encuentran las antiguas ruinas.

² El Aqueronte se correspondía con el mítico río subterráneo por donde Caronte, en su barca, llevaba a los muertos al Hades.

³ El conocido mito de Ícaro, hijo de Dédalo, el constructor del laberinto de Creta. Para salir de la isla ideó unas alas unidas con cera. Al volar muy alto, el sol derritió la cera e Ícaro se precipitó en el mar.

⁴ Teseo estuvo, entre otras, con Ariadna, con Antíope, con Fedra (hermana de Ariadna), con Perigune, con Helena...

⁵ Son llamados así los hijos de Palante, que se unieron para arrebatarse el trono de Atenas a su tío Egeo. Murieron a manos de su primo Teseo.

⁶ Antíope, una escita y, por tanto, extranjera para los griegos.

⁷ Apodo de Heracles o Hércules.

⁸ Martirizaba a sus víctimas poniéndolas en un lecho y cortando los miembros que no se ajustaban a él.

⁹ Hijo de Pélope, arrojaba al mar a sus víctimas y una tortuga, procedente del Hades, las devoraba.

¹⁰ Mató a su hija, que había sido seducida por Poseidón. Como no podía vengarse en el dios mataba a todos los que pasaban delante de la tumba de la joven. Teseo lo mató a él.

¹¹ Juntaba dos troncos de pinos, ataba entre ellos a la víctima y soltaba los troncos, que desgarraban los cuerpos.

¹² Los posibles hijos de Aricia, hermana de los Palántidas muertos por Teseo; si se casase con Hipólito, los hijos serían sobrinos de aquellos.

¹³ La navegación, por Neptuno, dios del mar.

¹⁴ En la mitología griega, Pasífae, madre de Fedra, era hija de Helios, el Sol, y de la ninfa Creta, también llamada Perseis. Hermana de Pasífae era Circe, la que embrujó a Ulises, según la *Odisea*.

¹⁵ Los hijos de Fedra, Acamante y Demofonte, fueron valientes guerreros griegos en la guerra de Troya y vivieron años de esplendor; los dos murieron trágica, aunque accidentalmente.

¹⁶ Casada con Minos, Pasífae se juntó con un toro, engendrando al Minotauro.

¹⁷ La abandonó Teseo, a pesar de que ella, suministrándole un hilo, permitió que Teseo recorriera el Laberinto y matara al Minotauro. El lamento de Ariadna es un tema clásico muchas veces evocado en pintura y música.

ACTO II

Escena I (*ARICIA, ISMENE*)

ARICIA: ¿Hipólito ha pedido verme en este lugar?
¿Hipólito me busca para decirme adiós?
¿Dices verdad, Ismene? ¿No estás equivocada?

ISMENE: Es el primer efecto de la muerte del rey.
Preparaos, señora, a ver de todos lados
ir hacia vos los ánimos por Teseo apartados.
Finalmente es Aricia dueña de su destino
y contemplará pronto toda Grecia a sus pies.

ARICIA: ¿No será esto, Ismene, rumor sin fundamento?
¿Dejo de ser esclava y no tengo enemigos?

ISMENE: Señora, ahora los dioses dejan de ser contrarios,
junto a vuestros hermanos ahora yace Teseo.

ARICIA: ¿Se sabe en qué aventura terminó él sus días?

ISMENE: Se cuentan de su muerte increíbles relatos;
dicen que al raptar a una nueva amante
las olas se tragaron a ese esposo infiel.
Asimismo se dice, rumor muy difundido,
que bajó con Pirítoo¹⁸ a la sima infernal,
y viendo del Cocito¹⁹ las sombrías riberas,
se ha mostrado vivo a las sombras de abajo,
mas sin poder salir de ese triste lugar,
ni traspasar la orilla del río sin retorno.

ARICIA: ¿Piensas que un mortal antes de la postrera hora
entrar puede en de muertos la profunda demora?
¿Qué hechizo lo atraía hacia esas orillas?

ISMENE: Teseo ha muerto, Señora, vos solo lo dudáis.
Ahora Atenas lo llora y Trecenia lo sabe.
Ya como a rey todos reconocen a Hipólito.
Fedra, en este palacio, temiendo por su hijo,
solicita el consejo de quienes son amigos.

ARICIA: ¿Crees que él, más humano que su padre Teseo,
hará que esta mi carga se haga más ligera?
¿Qué llorará mis males?

ISMENE: Señora, así lo creo.

ARICIA: ¿Es que conoces bien al insensible Hipólito?
¿Qué frívola esperanza pones en su piedad
y que en mí él respete un sexo que desprecia?
Sabes que desde hace tiempo él procura evitarme
y estar en los lugares donde yo me encontraba.

ISMENE: Sé de su frialdad todo lo que se ha dicho,
pero vi a vuestro lado al muy altivo Hipólito,
y al hacerlo y saber su fama de fiereza
se aguzó en mí por él mucha curiosidad.
Su actitud no parece responder a esa fama,
su mirada intentaba en vano huir la vuestra;
languidecía incapaz de apartarse de vos.
De amante el nombre puede que ofenda su coraje,
mas lo tiene en los ojos, aunque no en el lenguaje.

ARICIA: Mi corazón, Ismene, escucha ávidamente
palabras que quizá no tienen fundamento.
A ti, que me conoces, ¿te resulta creíble
que yo, triste juguete de una suerte implacable,
un corazón nutrido de amargura y de llanto
ha de saber de amor y sus locos dolores?
Vástago último de un rey, noble hijo de la tierra,
escapé solo yo del furor de la guerra.
He perdido, en la flor de su joven sazón,
seis hermanos, esperanza de tan ilustre casa.
El hierro segó todo, la tierra humedecida

de los nietos de Erecteo²⁰ bebió la dulce sangre.
Sabes, desde esas muertes, qué leyes tan severas
prohíben a los griegos que se apiaden de mí.
Temen que de la hermana el ardor temerario
reanime algún día las fraternas cenizas.
Pero sabes muy bien con qué desdén yo veo
esa preocupación de un vencedor celoso.
Sabes que, estando siempre yo al amor opuesta,
agradecí el rigor del injusto Teseo,
y vi en ese rigor apoyo a mis desprecios.
Mis ojos no habían visto entonces a su hijo:
Amo en él su belleza, su gracia, tan citada,
dones con que natura ha bien querido honrarlo,
y que él mismo desprecia y parece ignorar.
Amo, aprecio en él las más nobles riquezas,
las virtudes del padre, no las debilidades.
Lo amo, veo en él el generoso orgullo
que jamás se ha rendido al yugo del amor.
Si Fedra presumía del amor de Teseo;
yo, más orgullosa, rechazo fácil gloria
de conseguir aquello que a otras se ha ofrecido,
entrar en corazón muchas veces abierto.
Prefiero doblegar un orgullo indomable,
y que un alma insensible conozca el sufrimiento;
envolver a un vencido en grilletes de amor,
que en vano se sacuda un yugo que le place.
Eso es lo que quiero y eso es lo que me irrita,
a Heracles²¹ desarmar es más fácil que a Hipólito,
derrotado más veces y más rápidamente
menos gloria ofrecía a quien le conquistaba.
Este es, cara Ismene, este es mi descaro.
Y fuerte resistencia a él se opondrá.
Me oirás, quizás un día, humilde en mi fracaso,
gemir por el orgullo que tanto admiro hoy.
¿Puede Hipólito amar? Con qué feliz extremo
podría yo rendir...

Escena II
(HIPÓLITO, ARICIA)

HIPÓLITO: Señora, parto y quiero vuestra suerte advertir.
Mi padre ya no vive. Mi fundado recelo
presagiaba el motivo de una tan larga ausencia.
Solo el morir, cerrando sus gloriosas hazañas,
podía tanto tiempo ocultarlo a este mundo.
Los dioses entregaron a la Parca homicida
al amigo, al compañero, al sucesor de Alcides.
Pienso que vuestro odio respeta sus virtudes
y escucha sin rechazo los nombres que le doy.
Endulza una esperanza mi tan mortal tristeza:
os puedo liberar de la austera tutela,
yo revoco las leyes cuyo rigor deploro.
De vuestro corazón podéis disponer ya,
y en Trecenia que es ahora mi herencia,
y que fue en otro tiempo de mi ancestro Piteo²²,
que me ha reconocido sin dudar como rey
os dejo libre y más de lo que lo soy yo.

ARICIA: Moderad la bondad cuyo exceso me abruma.
Honrar así mi suerte, tan generosamente,
es ponerme de nuevo, aunque no lo creáis
bajo las duras leyes de las que me libráis.

HIPÓLITO: Atenas, aún incierta sobre aquel que la rija,
habla de vos, de mí, del hijo de la reina.

ARICIA: ¿De mí, señor?

HIPÓLITO: Sé, y no quiero ignorarlo,
que una insolente ley parece rechazarme.
La Grecia me reprocha tener madre extranjera,
pero si, en contrincante, solo hubiera mi hermano,
señora, tengo sobre él auténticos derechos:
sabré salvaguardarlos de leyes caprichosas.
Mas legítimo freno detiene hoy mi audacia:
yo os cedo o, más bien, yo os devuelvo un lugar,
un cetro que hace tiempo los vuestros recibieron
del famoso mortal que concibió la tierra²³.
La adopción lo puso en las manos de Egeo.

Atenas, por mi padre crecida y protegida,
reconoció alegre a un rey tan generoso;
y a vuestros hermanos relegó en el olvido.
A sus muros, ahora, Atenas os reclama.
Bastante ya ha llorado por la larga querella,
bastante en sus surcos se vertió vuestra sangre,
y abonó los campos de donde había surgido.
Trecenia me obedece. Las campiñas de Creta
dan al hijo de Fedra opulento retiro.
Atenas es vuestro bien. Parto y haré por vos
que se unan los votos ahora desunidos.

ARICIA: Ahora lo que escucho, asombrada y confusa,
me da temor, pensando que puede ser un sueño.
¿Despierta estoy? ¿Puedo creer ese designio?
¿Qué dios, señor, qué dios lo ha puesto en vuestra mente?
Con razón vuestra gloria todo el mundo comenta
y la verdad supera todo lo que se ha dicho.
Vos mismo, en mi favor, os queréis traicionar.
¿No era ya suficiente el no querer odiarme
y por tan largo tiempo preservar vuestra alma
de esa enemistad...?

HIPÓLITO: ¿Odiaros yo, señora?
Aunque en negros colores mi enemistad pintaran,
¿creeréis que yo he nacido de un seno monstruoso?
¿Qué salvajes costumbres, qué odio endurecido
podrían no suavizarse cuando hacia vos se mira?
Hasta ahora he resistido al engañoso encanto...

ARICIA: ¿Qué, señor?

HIPÓLITO: He hablado demasiado pronto.
Veo que la razón cede a la violencia.
Puesto que he comenzado a romper el silencio,
es preciso seguir y tengo que informaros
de un secreto que ya no puedo guardar más.
Tenéis ante vos a un deplorable príncipe,
ejemplo memorable de un temerario orgullo.
Yo, contra el amor fieramente rebelde,

mucho tiempo insultando los cautivos grilletes,
de débiles mortales viendo tristes naufragios,
pensando desde fuera contemplar las tormentas,
y sometido ahora a lo que es ley común,
¿por qué tanta la emoción se apodera de mí?
Mi imprudente audacia en un punto es vencida,
Esta alma orgullosa es ahora dependiente.
Hace seis meses en vergüenza y desespero,
llevando en mí el dardo que me ha atravesado,
contra mí, contra vos, en vano me resuelvo;
si voy hasta los bosques vuestra imagen me sigue;
si estáis presente, huyo; si os ausentáis, os busco;
la claridad del día, las sombras de la noche,
todo trae a mis ojos el encanto que evito,
todo lleva a entregaros al tan rebelde Hipólito.
Yo mismo, como fruto de mis vanos esfuerzos,
intento dar conmigo y no puedo encontrarme.
Arcos y jabalinas y carro me importunan,
ya no sigo jamás lecciones de Neptuno.
Mis agudos gemidos hacen que el bosque tiemble,
mis ociosos corceles olvidaron mi voz.
Quizá este relato de un amor tan salvaje
os sonroje al saber que todo es obra vuestra.
¡Qué hosca la expresión de un corazón que es vuestro!
¡Qué extraño cautivo para tan dulce lazo!
Pero esta ofrenda debe ser cara a vuestros ojos.
Imaginad que os hablo una lengua extranjera
y así no rechazéis deseo mal expresado,
que, sin vos, nunca hubiera Hipólito formado.

Escena III
(HIPÓLITO, ARICIA, TERÁMENES, ISMENE)

TERÁMENES: Señor, la reina viene, la he precedido, os busca.

HIPÓLITO: ¿A mí?

TERÁMENES: No sé qué piensa. De su parte han venido,
porque desea hablaros antes de que partáis.

HIPÓLITO: ¿Fedra? ¿Qué diré yo? ¿Qué puede ella esperar?

ARICIA: Señor, vos no podéis prescindir de escucharla;
aunque estéis convencido de su enemistad,
debéis a sus llantos un gesto de piedad.

HIPÓLITO: Entre tanto, os vais. Y he de partir. E ignoro
si acaso he ofendido vuestro adorado encanto.
No sé si el corazón que dejo en vuestras manos...

ARICIA: Partid, príncipe, seguid vuestros buenos designios.
Haced que Atenas sea de mi poder tributo.
Acepto todo aquello que vos queráis darme,
mas ese imperio, aun tan grande y glorioso,
no es de vuestros regalos el más caro a mis ojos.

Escena IV
(HIPÓLITO, TERÁMENES)

HIPÓLITO: Amigo, ¿todo a punto? Pero viene la reina.
Ve, para mi partida todo sea al fin dispuesto.
Ordena la señal, corre, ve, luego vuelve
para librarme pronto de enojosa entrevista.

Escena V
(HIPÓLITO, FEDRA, ENONE)

FEDRA (*a Enone*): Allí está. Y la sangre se acumula en mis venas.
Al verlo me he olvidado de lo que he de decirle.

ENONE: Acordaos de un hijo que solo tiene a vos.

FEDRA: Señor, dicen que en breve os iréis ya de aquí.
Quiero hoy unir mis lágrimas a vuestro sufrimiento.
Vengo en nombre de un hijo a defender su causa.
Mi hijo está sin padre y el día no está lejos
que de mi muerte deba dar también testimonio.

Ya miles de enemigos lo atacan en su infancia;
vos sois quien podéis contra ellos defenderlo.
Oculto en mi ánimo tengo un remordimiento:
temo haberos yo hecho sordo a todos mis gritos.
Tiemblo si es cierto que vuestra muy justa cólera
se vengará, en el hijo, de madre tan odiosa.

HIPÓLITO: Señora, yo no albergo sentimientos tan bajos.

FEDRA: Señor, si vos me odiaseis, yo no me quejaría;
me habéis visto empleada en haceros gran daño,
mas no podéis leer el fondo de mi alma.
He procurado que me veáis como enemiga.
No he podido nunca vivir cerca de vos.
En secreto y en público contra vos declarada,
he querido poner mares entre los dos.
Yo misma he prohibido por una expresa ley
que ante mí se dijera incluso vuestro nombre.
Si la pena se mide según la ofensa ha sido,
si mi odio solo puede atraer vuestro odio,
jamás mujer alguna de piedad fue más digna,
y a la vez menos digna de vuestra compasión.

HIPÓLITO: Una madre celosa que defiende a sus hijos
perdona raramente al hijo de otra esposa.
Lo sé muy bien, señora, los recelos constantes
son los comunes frutos de unas segundas nupcias.
Cualquier otra tendría el mismo sentimiento
y quizá me habría hecho aún mayores ultrajes.

FEDRA: ¡Ah, señor, os confieso que en mi caso el Cielo
de esa ley común me quiso exceptuar!
Me turba y me devora un mal que es muy distinto.

HIPÓLITO: Señora, aún es pronto para esos dolores,
quizá aún vuestro esposo verá la luz del día.
A nuestro llanto el Cielo puede acordar que vuelva.
Neptuno lo protege y ese dios tutelar
no desatenderá los ruegos de mi padre.

FEDRA: No se ve por dos veces la costa de los muertos.
Señor, pues ya Teseo vio los sombríos bordes,
en vano esperaréis que un dios nos lo devuelva.
El avaro Aqueronte nunca suelta su presa.
Mas, ¿qué digo? No ha muerto, porque él respira en vos.
Siempre ante mis ojos creo ver a mi esposo.
Yo le veo y le hablo, mi corazón me dice...
¿Qué digo? El loco ardor a mi pesar se muestra.

HIPÓLITO: Veo de vuestro amor el prodigioso efecto:
aunque muerto, Teseo vive ante vuestros ojos.
Vuestra alma inflamada por siempre de su amor.

FEDRA: Sí, príncipe, me consume la pasión por Teseo.
Lo amo, no cual lo ven abajo en los infiernos,
voluble adorador de efímeras amantes,
capaz de mancillar el lecho de Plutón.
Lo amo fiel, altivo, e incluso algo huraño,
joven, encantador, ganando corazones,
cual nos pintan a dioses y como os veo yo.
Tenía vuestro porte, los ojos, el mismo deje;
ese mismo rubor coloreaba su cara
cuando de nuestra Creta él surcaba las olas,
digno objeto de amor de las hijas de Minos.
¿Qué hacíais entonces? ¿Por qué no fue Hipólito
uno de aquellos héroes reunidos de la Grecia?
¿Quizá, aún muy joven, no pudo él zarpar
en la nave que vino a tocar nuestra costa?
Hubierais podido vencer al Minotauro
a pesar de las vueltas de aquel gran laberinto.
Para no sucumbir en el incierto obstáculo
mi hermana habría puesto el hilo en vuestra mano.
¡Pero no! En ese oficio me habría adelantado
que a hacerlo el amor me habría inspirado.
Yo, príncipe, yo, yo, con mi ayuda certera
os habría guiado por entre el laberinto
¡Cómo habría cuidado a alguien de ese encanto!
Un hilo no bastara a vuestra enamorada:
compartiendo el peligro que debíais buscar,
yo misma junto a vos desearía arriesgar.

Fedra a ese Laberinto junto a vos bajaría;
con vos se habría salvado, o perdido con vos.

HIPÓLITO: ¡Dioses, qué es lo que oigo! Señora, ¿olvidáis
que Teseo es mi padre y también vuestro esposo?

FEDRA: ¿Y qué os hace pensar que perdí la memoria?
¿Creéis que he perdido el celo por mi gloria?

HIPÓLITO: Perdonadme, señora. Confieso avergonzado
que malinterpretaba un discurso inocente.
Me resulta imposible sostener vuestra vista.
Parto...

FEDRA: ¡Ah, tú, cruel! Me has entendido bien.
Te he dicho suficiente para que lo comprendas.
Conoce a toda Fedra y todo su furor.
Yo te amo y no creas que cuando yo te amo
inocente me piense o me apruebe a mí misma,
ni que del loco amor que turba mi razón
cobarde complacencia me ha dado este veneno.
Objeto infortunado de celestes venganzas,
me aborrezco aún más de lo que me detestas.
Los dioses son testigos, que en mi pecho encendieron
un fuego que será fatal para mi sangre.
Los dioses que cifraron una gloria cruel
en seducir el ánimo de una débil mortal.
Renueva en tu espíritu aquello que has vivido.
Yo no solo te hui, sino que te alejé:
quería parecerte odiosa e inhumana.
Para mejor no amarte, preferí que me odiaras.
¿Y de qué me han servido esos vanos cuidados?
Si tú me odiabas más, yo no te amaba menos.
Tus desgracias te hacían aún más atractivo.
Sufría; me consumían, en el fuego, las lágrimas.
Si tus ojos pudieran posarse en mí un instante
verías que todo es tal como lo he contado.
Esta mi confesión, que es tan vergozosa,
¿piensas que yo la hago de forma voluntaria?
Temblando por un hijo a quien debo ser leal,

yo venía a pedirte que no lo odiaras nunca.
¡Flacos proyectos de alma tan llena de lo que ama!
No he sabido decir más que cosas de ti.
Véngate ya, castígame con un odioso amor,
digno hijo del héroe al que yo di mi vida.
Libera al universo de un monstruo que te indigna
¡La viuda de Teseo se atreve a amar a Hipólito!
A este monstruo odioso no dejes escapar.
Mi corazón es este: aquí debes golpear,
porque impaciente ya por expiar su culpa
siento que se adelanta y va hasta tu brazo.
¡Pega! O, si me crees indigna de tus golpes,
si tu odio me niega un suplicio tan dulce,
si temes que vil sangre pueda manchar tus manos,
en lugar de tu brazo concédeme tu espada.
Dámela...

(Fedra arrebatada la espada a Hipólito)

ENONE: ¿Qué hacéis? ¡Cielos! Pero ya viene gente.
Evitemos testigos que os serán odiosos
y huyamos de ocasión de segura vergüenza.

Escena VI
(HIPÓLITO, TERÁMENES)

TERÁMENES: ¿Es Fedra la que huye? ¿O la hacen salir?
¿Por qué, señor, por qué, veo que estáis dolorido?
Os veo sin espada, desconcertado, pálido.

HIPÓLITO: Terámenes, huyamos. Mi sorpresa es extrema.
No puedo, sin horror, contemplarme a mí mismo.
Fedra... Mas no, oh dioses, que en un profundo olvido
este horrible secreto se quede sepultado.

TERÁMENES: Si queréis partir, el barco ya está pronto.
Pero Atenas, señor, por fin se ha decantado.
Sus jefes recogieron los votos de las tribus.
Vuestro hermano ha vencido y con él vence Fedra.

HIPÓLITO: ¿Fedra?

TERÁMENES: Un heraldo trajo la voluntad de Atenas.
Las riendas del Estado ahora están en sus manos.
Su hijo, rey.

HIPÓLITO: Dioses, ¿premio de su virtud?

TERÁMENES: Aunque corre el rumor de que el rey está vivo.
Se dice que Teseo apareció en Epiro.
Pero yo lo he buscado y sé bien...

HIPÓLITO: Nada importa.
Todo oigamos y no descuidemos ahora nada.
Atentos al rumor, buscaremos su fuente.
Y si eso no merece que interrumpa mi ida,
partamos; sea cual sea el precio que nos cueste,
pongamos ese cetro en manos dignas de él.

¹⁸ Amigo inseparable de Teseo. Lucho con él contra los centauros. Con él bajó al Hades, con el intento de raptar a Perséfone, mujer de Hades. Pero fueron apresados y permanecieron encadenados. Heracles consiguió liberar a Teseo, pero no a Pirítoo.

¹⁹ Uno de los ríos del Hades.

²⁰ Antiguo rey de Atenas.

²¹ Heracles, Hércules, también muy mujeriego: Megara, Ónfale, Deyanira, Hebe, Parténope, Epicaste...

²² Hijo de Pélope y padre de Etra, madre de Teseo.

²³ Erecteo, nacido directamente de Gea, la tierra, según la mitología.

ACTO III

Escena I (*FEDRA, ENONE*)

FEDRA: ¡Aparta las ofrendas que quieren enviarme!
¡Importuna! ¿Tú crees que es bueno que me vean?
¿Por qué intentar calmar mi desolado espíritu?,
mejor es ocultarme, hablé demasiado.
Mi pasión hacia fuera ha osado desbordarse,
dije lo que jamás debió haberse oído.
¡Y cómo me escuchaba! ¡Con qué astutos rodeos
el insensible sabe eludir mis palabras!
¡Y qué ganas mostraba de alejarse de mí!
¡Y su rubor hacía aún mayor mi vergüenza!
¿Por qué me persuadiste de mi funesto intento?
Cuando su espada iba a encontrar mi seno,
¿palideció por mí?, ¿intentó arrebatármela?
Bastó con que mis manos tocaran su espada
para que fuera horrible a sus no humanos ojos,
tal si el hierro, manchado, profanara las suyas.

ENONE: Así compadeciéndoos ante vuestras desgracias
alimentáis un fuego que sofocar debéis.
¿No sería mejor, digna hija de Minos,
buscar vuestro descanso en cuidados más nobles,
contra un ingrato amante recurrir a la huída,
reinar y ocuparse de regir el Estado?

FEDRA: ¿Yo reinar? ¡Someter un Estado a mi ley
cuando ni mi razón reina ya sobre mí!
¡Cuando yo apenas puedo dominar mis sentidos!
¡Cuando apenas respiro bajo no honroso yugo!
¡Cuando muero!

ENONE: Huid.

FEDRA: ¡No puedo abandonarle!

ENONE: Pudiste desterrarle... y no podéis dejarle.

FEDRA: No hay tiempo ya, conoce mi insensato amor.
Del austero pudor traspasé ya los límites,
confesé mi deshonra a ojos del vencedor.
A mi pesar, espero algo en mi corazón.
Tú misma, despertando mi fuerza vacilante
y mi alma que erraba ya al borde de los labios,
adulándome hiciste que yo me reanimara.

ENONE: Inocente o culpable de lo que os lastima,
¿a qué para salvaros no estaba yo dispuesta?
Si alguna vez sufriste la herida de una ofensa
¿por qué no olvidáis el desdén de un soberbio?
¡Con qué ojos crueles su obstinado rigor
os miraba postrada, humillada a sus pies!
Su detestable orgullo lo convertía en odioso.
Si Fedra hubiera visto lo que veía yo...

FEDRA: Ese orgullo que dices puede un día no ser...
Fue criado en el bosque y es rudo como él.
Hipólito es duro porque vio duras leyes.
Por vez primera ve que se le habla de amor.
Quizá fue la sorpresa la que causó el silencio,
y nuestras quejas son demasiado acerbias.

ENONE: Pensad que una bárbara lo ha formado en su seno.

FEDRA: Bárbara o escita, conoció ella el amor.

ENONE: La mujer no merece a Hipólito más que odio.

FEDRA: Así no tendré yo que temer la rival.
En fin, que tus consejos me son inoportunos.
A mi amor sirve, Enone, y no a mi razón.
Corazón sin acceso él opone al amor.
Para atacar busquemos un lugar más sensible.

No parecía inmune al encanto del mando.
Atenas le atraía, no lo supo ocultar.
Hacia allí se volvía la proa de su navío,
las velas ondeaban al favor de los vientos.
Ve a buscar de mi parte a Hipólito ambicioso;
Enone, haz que brille la corona a su ojos,
que ciña ya su frente la sagrada diadema,
no quiero más honor que hacerlo con mis manos.
Cedásmole el poder que conservar no puedo.
Enseñará a mi hijo el arte del gobierno
y quizá quiera ser para él como un padre.
Bajo su amparo pongo al hijo y a la madre.
En fin, para vencerlo, usa todos los medios.
Tus discursos se oirán mejor que muchos míos.
Presiona, llora, gime, pinta a Fedra que muere,
no te avergüences de una voz suplicante.
Yo te seguiré en todo, todo espero de ti.
Ve; bien sé que a tu vuelta se verá mi destino.

Escena II
(*FEDRA*)

FEDRA: ¡Oh, tú, que la deshonra ves en que he caído,
oh, tú, implacable Venus, ¿no estoy ya humillada?
Espero que no lleves más lejos tu crueldad.
Es perfecto tu triunfo. Cada flecha, en diana.
Cruel, si tú deseas una nueva victoria,
ataca a un enemigo que te sea más rebelde.
Hipólito te huye y desafía tu cólera
y jamás sus rodillas hincó ante tu altar.
Tu nombre casi ofende sus altivos oídos.
¡Oh, diosa, véngate! Estamos en lo mismo.
Que él ame... Mas, ¿ya estás aquí, Enone?
Entonces me detesta. Ni siquiera te escucha.

Escena III
(*FEDRA, ENONE*)

ENONE: Hay que ahogar el deseo de ese vano amor.
Señora, recurrid al antiguo valor.
A quien se creía muerto vuestros ojos verán.
Teseo ha llegado, Teseo ya está aquí.
El pueblo, para verlo, corre y se precipita.
A vuestra orden salí y a Hipólito buscaba,
cuando miles de gritos se alzaron hasta el cielo...

FEDRA: Mi esposo está aún vivo, Enone y eso basta.
He hecho confesión de un amor que lo ultraja.
Él vive. Fuera de eso, no me interesa más.

ENONE: ¿Qué?

FEDRA: Ya te lo dije, pero tú nos has querido.
Valieron más tus llantos que mis justos deseos.
Digna de ser llorada moriría esta mañana,
mas seguí tus consejos y deshonorada estoy.

ENONE: ¿Morir? ¡Oh, cielos! ¿Qué hemos hecho hasta ahora?

FEDRA: Mi esposo va a venir y su hijo con él.
Hipólito, testigo de mi pasión adúltera,
observará en qué modo oso acercarme al padre.
Mi corazón repleto de ayes que él no escuchó,
el ojo húmedo en llanto que él rechazó, ingrato.
¿Piensas tú que él, sensible a la honra de Teseo,
le va a ocultar el fuego que devora mi pecho?
¿Va a traicionar al padre, que es además el rey?
¿Podrá él contener el horror que me tiene?
En vano callaría. Conozco mi perfidia,
no soy yo como esas mujeres atrevidas
que gozan, en el crimen, de una tranquila paz
y saben no mostrar un rostro ruburoso.
Conozco bien mis furias y las recuerdo todas.
Siento ya que esos muros, esas bóvedas altas
se disponen a hablar, ya prestos a acusarme.
Esperan a mi esposo para desengañarle.
Muramos. De este horror que la muerte me libre.
¿Es desgracia tan grande el dejar de vivir?

La muerte, al desdichado, no causa gran espanto.
Yo solo temo el nombre que dejo tras de mí,
una afrentosa herencia para mis tristes hijos.
De Júpiter la sangre puede hinchar su valor²⁴,
pero ese justo orgullo que inspira la ascendencia
tiene el fardo pesado de este crimen materno.
Temo que quizá un día con palabras veraces
le cuenten esta historia de una madre culpable.
Temo que, oprimidos por ese peso odioso,
ninguno de los dos ose alzar la frente.

ENONE: No hay duda, yo los lloro, al uno y otro hijo.
Jamás hubo un temor más justo que ahora el vuestro.
Pero, ¿por qué exponerlos a esas duras afrentas?
¿Y por qué declarar en contra de vos misma?
Es verdad: se dirá que Fedra, ya culpable,
huye de la reacción del traicionado esposo.
Hipólito, feliz. Perdiendo vos la vida
no hacéis sino apoyar lo que él contará.
A vuestro acusador, ¿qué respondería yo?
Frente a él sería fácil reducirme al silencio.
Contaría vuestro oprobio a quien quisiera oírle.
¡Caiga antes sobre mí el fuego de los cielos!
Pero no me engañéis. De verdad: ¿aún le amáis?
¿Cómo miráis ahora a ese príncipe osado?

FEDRA: Lo veo como un monstruo espantoso a mis ojos.

ENONE: ¿Por qué, pues, concederle la completa victoria?
Le teméis. Atreveos a acusarle primero
de un crimen que él podría achacaros después.
¿Quién os desmentirá? Todo está ya en su contra:
su espada felizmente está en vuestro poder;
vuestro dolor presente, vuestro dolor pasado;
su padre prevenido por vos desde hace tiempo,
y ese exilio por vos en su tiempo obtenido.

FEDRA: ¿Tú quieres que me atreva dañar la inocencia?

ENONE: Mi celo no precisa sino vuestro silencio.

Remordimientos siento y temo como vos,
pero estaría dispuesta a afrontar muchas muertes.
Sé que os perdería si no pongo remedio.
Vuestra vida me importa y ante ella todo cede.
Yo hablaré y Teseo, indignado al oírme,
llevará su venganza exiliando a su hijo.
Un padre, castigando, no deja de ser padre,
y un castigo ligero aplacará su cólera.
Y aunque fuera preciso verter sangre inocente,
¿no lo exigirá acaso vuestra honra amenazada?
Comprometer no osemos tesoro tan querido.
Vos debéis someteros a cualquier ley que os dicte.
Para salvaguardar vuestro honor en peligro
hay que inmolarlo todo, incluso la virtud.
Vienen, veo a Teseo.

FEDRA: ¡Ah! Yo veo a Hipólito.
Sus ojos insolentes dicen mi perdición.
Haz, pues, lo que tú quieras, porque a ti me abandono.
Es tal mi turbación que no sé defenderme.

Escena IV
(TESEO, HIPÓLITO, FEDRA,
ENONE, TERÁMENES)

TESEO: A mis deseos la suerte deja de ser contraria,
Señora, en vuestros brazos...

FEDRA: Deteneos, Teseo,
dejad de profanar caricias tan queridas,
porque yo no merezco esos dulces abrazos.
Habéis sido ofendido, la celosa fortuna
en vuestra ausencia no perdonó a vuestra esposa.
Indigna de agradaros y de acercarse a vos,
desde hoy solo debo pensar en ocultarme.

Escena V

(TESEO, HIPÓLITO, TERÁMENES)

TESEO: Hijo, ¿no es extraño recibir así al padre?

HIPÓLITO: Solo Fedra podría explicar el misterio.
Si mis deseos fervientes os pueden conmover,
permitidme, señor, que yo deje de verla.
Soportad que por siempre un tembloroso Hipólito
abandone el lugar que vuestra esposa habita.

TESEO: Vos, mi hijo, ¿dejarme?

HIPÓLITO: Yo nunca la he buscado.
Vos a estas riberas condujisteis mis pasos.
Os dignasteis, señor, al salir de Trecenia
confiarme al partir a Aricia y a la reina.
A mí se confió su guarda y su cuidado,
ahora ¿qué otra cosa podría retenerme?
Bastante ya en los bosques mi ociosa juventud
sobre enemigos viles ha mostrado su fuerza.
¿Acaso no podría, dejando un ocio indigno,
teñir mis jabalinas con sangre más gloriosa?
Vos no habíais cumplido la edad que yo ahora tengo
y ya más de un tirano, más de un monstruo terrible
había experimentado de vuestro brazo el peso.
Como perseguidor feliz de la insolencia
de dos mares habíais cruzado las riberas.
El libre viajero ya no temía ultrajes.
Hércules, ya tranquilo al saber vuestros hechos,
su trabajo dejaba confiando en Teseo.
Y yo, ignoto hijo de un padre tan glorioso,
de lejos sigo incluso los hechos de mi madre.
Permitid que mi audacia pueda al fin emplearse.
Dejad que si algún monstruo ha escapado de vos
yo traiga a vuestros pies el despojo honorable.
O que de bella muerte la durable memoria
eternicen los días noblemente acabados,
probando al mundo entero que yo era vuestro hijo.

TESEO: ¿Qué veo yo? ¿Qué horror hay en estos lugares

que hace huir ante mí mi familia perdida,
si vuelvo tan temido, tan poco deseado?
¡Cielos!, de mi prisión ¿por qué me has liberado?
Tenía un solo amigo. En su imprudente ardor
de un tirano de Epiro raptar quería a la esposa.
Secundé muy a disgusto sus deseos amorosos,
e irritada, Fortuna, a los dos nos cegó.
Me sorprendió el tirano sin defensa, sin armas,
y vi a Pirítoo, triste objeto de mis lágrimas
por tal bárbaro dado a monstruos tan crueles
que de humana sangre solo se alimentaban.
A mí me clausuró en cavernas sombrías,
lugares bajos cerca del reino de las sombras.
Y después de seis meses los dioses me miraron:
supe burlar a aquellos que tenían mi custodia,
libré a la humanidad de un pérfido enemigo
que sirvió de alimento a sus terribles monstruos.
Y cuando, emocionado, pienso que ya me acerco
a lo que más querido me han dejado los dioses,
¿qué digo?, cuando mi alma a ella misma tornada
viene a saciarse de lo que más siempre aprecia,
la acogida que tengo son estremecimientos.
Todos huyen y todos se alejan de mis brazos;
y yo mismo probando el terror que yo inspiro,
preferiría seguir en la prisión de Epiro.
Hablad. Fedra se queja de que he sido ultrajado.
¿Alguien me traicionó? ¿Por qué no fui vengado?
Grecia a la que tanto mi brazo le fue útil
¿ha acordado acaso asilo al criminal?
No me respondéis nada. Mi hijo, mi propio hijo,
¿estaría en connivencia con esos enemigos?
Entremos, dura mucho la duda que me abruma.
Conozcamos a un tiempo el crimen y el culpable.
Que Fedra explique al fin la turbación que veo.

Escena VI
(HIPÓLITO, TERÁMENES)

HIPÓLITO: ¿Por qué ese discurso que me llena de espanto?

Fedra, siempre cautiva de su extremo furor,
¿va a acusarse ella misma y con eso perderse?
¡Dioses! ¿Qué dirá el rey? Un funesto veneno
ha expandido el amor por toda nuestra casa.
Yo mismo ardo en amores que su odio reprueba.
¿Quién me conoció antes y ahora así me ve?
Negros presentimientos vienen a atormentarme
pero, en fin, la inocencia nada ha de temer.
Vamos, veamos ya si existe modo alguno
que pueda devolverme la ternura de un padre.
Le hablaré de un amor que él puede estorbar
pero que su poder no podrá quebrantar.

²⁴ Minos era hijo de Júpiter y de Europa, la princesa fenicia que, según el mito, el dios raptó transformado en toro.

ACTO IV

Escena I (TESEO, ENONE)

TESEO: ¿Qué oigo yo? ¿Un traidor, un hijo temerario
preparaba un ultraje al honor de su padre?
¿Con qué rigor, Destino, ahora me persigues?
Ya no sé adónde voy, yo no sé ya quién soy.
¡Oh, ternura, oh, bondad tan mal recompensadas!
¡Proyecto audaz y más detestable designio!
Por llegar a lograr esos negros amores
el insolente acude al uso de la fuerza.
Reconozco la espada, medio de su locura,
la espada que le di para más noble uso.
¿Los lazos de la sangre no lo han retenido?
¡Y Fedra ha tardado en dar justo castigo!
¡El silencio de Fedra protegía al culpable!

ENONE: Proteger quiso Fedra a un padre así ofendido.
Avergonzada por amante tan furioso
y ante el criminal fuego que encendían sus ojos,
Fedra moría, señor, y la mano asesina
apagaba en los ojos la inocente mirada.
Levantar le vi el brazo y corrí a salvarla.
Para vuestro amor solo yo quise conservarla,
y llorando a la vez su dolor, vuestra alarma,
serví a mi pesar de intérprete a sus lágrimas.

TESEO: ¡Pérfido! ¡Ah, por eso lo vi palidecer!
De miedo, al acercarse, lo he visto temblar.
Me ha extrañado mucho su falta de alegría,
y sus abrazos fríos helaron mi ternura.
¿Ese culpable amor que ahora le devora
se había declarado ya en la misma Atenas?

ENONE: Acordaos, señor, de las quejas de Fedra.
Un amor criminal causó todo ese odio.

TESEO: ¿Y eso luego en Trecenia se ha recrudecido?

ENONE: Os he dicho, señor, todo lo que ha ocurrido.
La reina ahora está sola en su dolor mortal.
Permitid que yo os deje y vaya a consolarla.

Escena II
(TESEO, HIPÓLITO)

TESEO: ¡Ah! Aquí llega, Dioses, ante tan noble porte,
¿qué ojos no se engañan como lo están los míos?
¿Cómo puede ocurrir que en una frente adúltera
brillen los caracteres de una virtud sagrada?
¿No deberíamos por signos indubitables
reconocer el ánimo de la gente malvada?

HIPÓLITO: ¿Puedo yo preguntar qué tan funesta nube
ha podido turbar vuestro augusto semblante?

TESEO: ¡Pérfido! ¿Osas tú presentarte ante mí?
Monstruo, que has escapado de un rayo merecido,
resto impuro de gente que yo quité del mundo.
Después que los deseos de un amor detestable
hasta el lecho del padre has llevado el furor,
¿presentas ante mí un rostro nada amigo?
Vienes a los lugares tan llenos de tu infamia
en lugar de buscar, bajo cielos ignotos,
parajes donde nunca se haya oído mi nombre,
Huye, traidor, no quieras que aquí mi odio aumente
y tentar más la cólera que apenas ya retengo.
Para mí será ahora un oprobio perpetuo
haber traído al mundo hijo tan criminal,
sin que tu muerte sea baldón de mi memoria,
de mis nobles hazañas sepultando la gloria.
Huye si no deseas que un castigo inmediato
te añada a los bandidos que castigó mi mano.

Cuida de que jamás el astro que ahora luce
vea en este lugar tus pasos temerarios.
Huye, digo, tus plantas sin retorno se alejen
y libre a mis estados de su horroroso aspecto.
Y tú, Neptuno, escucha, si siempre mi coraje
tus orillas limpió de infames asesinos,
recuerda que en premio de mis nobles trabajos
prometiste cumplir por siempre mi deseo.
En los duros rigores de una prisión cruel
jamás acudí yo a tu inmortal poder.
Avaro del auxilio que espero de tu ayuda,
reservé mi deseo para asuntos más graves.
Y hoy yo te imploro, venga a un padre infeliz.
A este traidor yo dejo en manos de tu cólera.
Ahoga ya en su sangre sus terribles deseos.
En tu furia Teseo tus bondades verá.

HIPÓLITO: ¡De un amor criminal Fedra a Hipólito acusa!
Tal exceso de horror paraliza mi alma.
Tanto golpe imprevisto me perturba a la vez
que quedo sin palabras y me falta la voz.

TESEO: Traidor, tú pretendías que un cobarde silencio
de Fedra sepultase tu brutal insolencia.
Al huir no debías haber abandonado
la espada que en sus manos obliga a condenarte.
O quizá tú debías, colmando tu perfidia,
arrebatarle a un tiempo la palabra y la vida.

HIPÓLITO: Justamente irritado por mentira tan negra
yo debería dejar que hablase la verdad,
señor, pero yo callo un secreto que os toca.
Aprobad el respeto que me cierra la boca
y no queráis vos mismo aumentar vuestras penas.
Examinad mi vida y pensad bien quién soy.
Los grandes crímenes vienen precedidos de otros.
Quienquiera que traspasa los bordes de la ley
puede al fin violar las normas más sagradas.
Cual la virtud el crimen se realiza por grados,
y nunca se ha visto que tímida inocencia

se convierta de pronto en extrema licencia.
Un solo día no hace que un mortal virtuoso
sea pérfido asesino o cobarde incestuoso.
Educado en el seno de una casta heroína
de su sangre yo nunca desmentí el origen.
Piteo, juzgado sabio entre todos los hombres,
se dignó instruirme cuando dejé a mi madre.
No deseo pintarme con exceso de halago,
mas si alguna virtud recibí como herencia,
señor, creo con mucho haber ya demostrado
el odio hacia el delito que osan imputarme.
Toda Grecia conoce por eso a este Hipólito.
Mi virtud he llevado hasta extrema rudeza,
se sabe el inflexible rigor de mi conducta.
Mi corazón, más puro que esta luz que nos baña,
acusado es de amor y con un mal amor...

TESEO: ¡Cobarde! Ese orgullo es el que os condena.
Veo el odioso principio de toda tu frialdad.
Por Fedra solo ardían tus impúdicos ojos;
por todo lo demás, tu alma indiferente
desdeñaba quemarse en amor inocente.

HIPÓLITO: No, padre mío, no debo ocultároslo más,
no he desdeñado arder en un muy casto amor.
Confieso a vuestros pies mi verdadera ofensa.
Yo amo, es verdad; vuestra ley contrariando,
Arícia a sus pies tiene todas mis ansias.
La hija de Palante ha vencido a vuestro hijo.
La adoro y mi alma, rebelde a vuestras órdenes,
solo por ella puede suspirar y quemarse.

TESEO: ¿La amas? ¡Cielos! Mas no, el truco es muy grosero.
Te finges criminal para justificarte.

HIPÓLITO: Señor, hace seis meses que la evito y la amo.
Yo venía tembloroso a confesaros todo.
¿Y bien? ¿Nada os puede sacar de vuestro error?
¿Qué sacro juramento podría tranquilizaros?
Que la tierra y el cielo y la naturaleza...

TESEO: Todos los criminales recurren al perjurio.
Deja, deja y evítame discursos no oportunos
si tu falsa virtud no tiene otros recursos.

HIPÓLITO: Ella os parecerá falsa y artificial.
Fedra en su corazón me hace mayor justicia.

TESEO: Mira que tu imprudencia excita más mi cólera...

HIPÓLITO: ¿Por cuánto tiempo y dónde me enviáis al exilio?

TESEO: Aun fuera más allá de las columnas de Hércules
me juzgaría muy cerca de sujeto tan pérfido.

HIPÓLITO: Sospechoso del crimen atroz del que me acusan,
¿qué amigos yo tendré si vos me abandonáis?

TESEO: Ve a buscar amigos cuya funesta estima
honren al adulterio y aplaudan el incesto.
Y traidores e ingratos sin honor y sin ley
que quieran proteger a alguien como tú.

HIPÓLITO: Me habláis siempre de incesto y me habláis de adulterio.
Yo callo. Sin embargo, Fedra tiene por madre...
De una sangre es Fedra, y vos lo sabéis bien,
de ese horror más llena de lo que está la mía.

TESEO: ¿Ya tu rabia te lleva a perder el recato?
Por última vez, vete, fuera ya de mi vista.
¡Sal, traidor! Y no esperes que un padre furioso
te haga con oprobio dejar este lugar.

Escena III (TESEO)

TESEO: Miserable, tú corres a inevitable pérdida.
Neptuno, por el río que amedrantaba aun a dioses²⁵,
me ha dado su palabra y la ejecutará.

Dios vengador te sigue, no puedes evitarlo.
Yo te amaba y siento, a pesar de la ofensa,
que mis entrañas sufren por ti ya de antemano.
Pero me has obligado tú mismo a condenarte.
¿Ha sido alguna vez padre tan ultrajado?
Justos dioses que veis el dolor que me abrumba,
¿he podido engendrar a un hijo tan culpable?

Escena IV
(*FEDRA, TESEO*)

FEDRA: Señor, vengo ante vos llena de un justo espanto.
Vuestra temible voz ha llegado hasta mí.
Temo el tan pronto efecto de vuestras amenazas.
Si aún estamos a tiempo, respetad vuestra raza,
respetad vuestra sangre, yo lo oso pedir.
Salvadme del horror de escucharla clamar,
y no me preparéis el perpetuo dolor
de haberla hecho versar por la paterna mano.

TESEO: No, señora, mi sangre no ha manchado mi mano,
no por eso el ingrato escapará al castigo.
Una mano inmortal se encarga de su pérdida.
Neptuno me lo debe y vos seréis vengada.

FEDRA: ¿Neptuno os lo debe? ¿Vuestros airados votos?

TESEO: ¿Cómo? ¿Teméis ya que sean atendidos?
Uníos más bien ahora a mis justos deseos.
Pintadme ahora su crimen en todo su rigor.
Avivad ya mi cólera, que tanto he retenido.
Aún no conocéis la hondura de sus crímenes,
su furor contra vos se desborda en injurias.
Vuestra boca, dice él, llena está de mentiras.
Su corazón, él dice, es de Aricia y su fe.
Que él ama...

FEDRA: ¿Qué, señor?

TESEO: Ante mí él lo ha dicho.
Mas yo sé rechazar tan frívolo artificio.
Espero de Neptuno una pronta justicia.
Ahora mismo voy al pie de sus altares
para urgirle que cumpla sus votos inmortales.

Escena V
(*FEDRA*)

FEDRA: Él sale, ¿qué noticia ha herido mis oídos?
¿Qué fuego mal extinto se despierta en mi ánimo?
Me siento fulminada, ¡qué funesta noticia!
Yo venía, desolada, en ayuda de su hijo,
ya suelta de los brazos de Enone desolada,
cedía al remordimiento que a mi alma atormentaba.
¿Quién sabe hasta dónde habría llegado en eso?
Quizá incluso a acusarme, mas me falló la voz.
La afrentosa verdad se me habría escapado.
Hipólito es sensible y nada por mí siente.
Su corazón, Aricia; y Aricia es su fe.
¡Cielos! Cuando el ingrato, inmune a mis deseos,
miraba fieramente con rostro tan temible,
yo pensaba que su alma, al amor bien cerrada,
para toda mujer tuviese clausurada.
¡Y otra, sin embargo, ha vencido su orgullo!
Antes sus ojos crueles otra encontró la gracia.
Quizá su corazón conoce la ternura.
Soy la única mujer que él no puede sufrir,
¿y yo iba dispuesta con fuerza a defenderlo?

Escena VI
(*FEDRA, ENONE*)

FEDRA: Querida Enone, ¿sabes qué acabo de aprender?

ENONE: No, y no puedo ocultar que vengo temblorosa.
Palidecí al saber la intención con que ibais.

FEDRA: Enone, ¿lo creerías? Yo tenía una rival.

ENONE: ¿Cómo?

FEDRA: Hipólito ama. No se puede dudar.
Ese fiero enemigo que no pude domar,
al que ofendía el respeto e importunaban quejas,
el tigre al que jamás me acercaba sin miedo,
sumiso, sometido, admite un vencedor.
Aricia abrió el sendero del duro corazón.

ENONE: ¿Aricia?

FEDRA: ¡Ay, dolor, nunca experimentado!
¿A qué nuevo tormento he sido destinada?
Todo lo que he sufrido, mis temores, mis ansias,
el furor de mis ojos, el horror de mis culpas
y de un rechazo cruel la insoportable injuria
no eran más que un ensayo del tormento que siento.
¡Ellos se aman! ¿Qué hechizo lo ha ocultado a mis ojos?
¿Cómo se ven? ¿Y en dónde? ¿Y desde cuándo?
Lo sabías, ¿por qué me tuviste engañada?,
¿de su furtivo ardor no podías informarme?,
¿los has visto buscarse y los has visto hablar?,
¿se escondían en el fondo de estos nuestros bosques?
¡Ah! Ellos se veían con plena libertad.
El cielo aprobaba suspiros inocentes.
Sin reparo seguían en su trato amoroso.
Todos los días claros y serenos para ellos.
Y yo, triste despojo de la entera natura,
yo me ocultaba al día, yo huía de la luz.
La muerte era el único dios al que yo rezaba.
Yo esperaba el momento en que había de expirar;
mi alimento, la hiel; mi bebida, las lágrimas;
y mi dolor de cerca observado por todos.
Yo gustaba temblando del funesto placer,
y, ocultando mis penas en un rostro sereno,
tenía con frecuencia que privarme de lágrimas.

ENONE: ¿Qué fruto obtener pueden de esos vanos amores?

Ya no se verán más.

FEDRA: Pero se amarán siempre.

Ahora mismo cuando hablo, ¡oh, mortal pensamiento!
de una amante insensata desafían el furor.

A pesar del exilio que los separará
mil juramentos hacen de nunca separarse.

Yo tal felicidad no la puedo sufrir.

Enone, ten piedad de mi celosa rabia.

Hay que perder a Aricia. Preciso es que mi esposo
contra una raza odiosa renueve antigua cólera.

Y que no se limite a penas muy ligeras:
más perversa es la hermana que los hermanos fueron.

Con mis celosas ansias yo así lo imploraré.

¿Qué hago yo? ¿Celos digo? Mi alma desvaría.

¿Con celos voy yo a implorar a Teseo?

¡Vive mi esposo y aún sigo pensando en otro!

¿Por quién? ¿Qué corazón a conquistar aspiro?

Cada palabra mía me eriza los cabellos.

Ahora ya mis crímenes colmaron su medida.

Yo respiro a la vez incesto e impostura.

Mis manos homicidas, dispuestas a vengarme,
ansían empaparse en la sangre inocente,

¡Miserable! ¿Y yo vivo?, ¿y sostengo la vista
de ese sagrado sol del que soy descendiente?

Mi abuelo es el padre y el señor de los dioses.

Lleno está el universo de todos mis ancestros.

¿Do esconderme? Huyamos a la noche infernal.

¿Qué digo? Allí mi padre tiene esa urna fatal²⁶.

En sus severas manos la Suerte lo dispuso.

Minos juzga allá abajo a los pálidos hombres.

Su sombra horrorizada se estremecerá
cuando vea que su hija le es allí presentada,
obligada al relato de sus diversos crímenes,
crímenes que quizá ni el infierno conoce.

¿Qué dirás, padre mío, ante tal espectáculo?

Yo creo ver tu mano sobre la urna terrible,

creo verte ideando insólito suplicio,

siendo tú mismo el verdugo de tu sangre.

Perdón. Un dios cruel perdió a tu familia,

su venganza está clara en los males de tu hija.
Del execrable crimen cuya vergüenza afronto
mi corazón jamás ha recogido el fruto.
La desgracia me sigue hasta el postrer suspiro,
y mi penosa vida se acaba entre tormentos.

ENONE: Rechazad, mi señora, ese injusto terror.
Mirad con otros ojos un excusable error.
Amáis. No se puede vencer ese destino,
arrastrada os visteis por un fatal hechizo.
¿Acaso eso es muy raro que ocurra en los humanos?
¿Solo con vos amor ha signado su triunfo?
No hay nada más humano que la debilidad.
Si sois mortal sufrid la suerte de un mortal.
Os quejáis de un yugo impuesto hace ya tiempo.
Los dioses, también ellos, que habitan el Olimpo,
que con terribles penas los crímenes condenan,
a veces han ardido en no buenos amores.

FEDRA: ¿Qué oigo? ¿Qué consejos te atreves hoy a darme?
¿Así hasta el final quieres envenenarme?
Desgraciada he aquí cómo tú me has perdido:
la luz de la que huía ya tú me devolviste,
y tus ruegos me hicieron olvidar mi deber.
Yo evitaba a Hipólito; tú me lo hacías ver.
¿Cuál era tu misión? ¿Por qué tu boca impía
acusándole ha hecho que peligre su vida?
El quizá morirá y de un padre insensato
el sacrílego voto puede ser escuchado.
No quiero oírte más. Vete, monstruo, deseo
que justicia del cielo se ocupe de mi suerte
y pueda el justo cielo pagarte cual mereces.
Y pueda tu suplicio por siempre espantar
a quienes, como tú, con cobardes consejos
de desgraciados príncipes alimentan los vicios,
llevándolos allí donde su alma se inclina.
Viles aduladores, que es el don más funesto
que a los reyes concede la cólera celeste.

ENONE (sola): ¡Oh, dioses! Por servirla, abandoné yo todo.

¿Y qué recibo en cambio? Bien lo he merecido.

²⁵ El Aqueronte, en el Hades.

²⁶ Minos se sienta en el infierno en una urna gigante y desde allí decide, con la ayuda de un mudo jurado, si las almas van al Elíseo o al Tártaro.

ACTO V

Escena I (HIPÓLITO, ARICIA)

ARICIA: ¿Y vos podéis callar en tan grave peligro?
¿Dejáis en el error a un padre que os ama?
Cruel, si de mis lágrimas despreciando el poder,
consentid sin pesar jamás volverme a ver,
partid, iros bien lejos de esta triste Aricia.
Pero, al menos, al partir preservad vuestra vida,
defended vuestro honor de un reproche afrentoso
y forzad a Teseo a revocar su ley.
Hay tiempo todavía. ¿Por qué, por qué capricho
dejáis el campo libre a aquella que os acusa?
A Teseo decid la verdad.

HIPÓLITO: ¿No está claro?
¿Tenía que revelar la ofensa hecha a su lecho?
¿Tenía yo, al hacerle un sincero relato,
de un indigno rubor llenar su augusta frente?
Solo vos conocéis ese odioso secreto.
Solo a vos y a los dioses se abrió mi corazón.
No os pude ocultar —juzgad si eso es amor—,
lo que incluso a mí mismo deseaba callar.
Mas mirad que en secreto lo confié a vos.
Olvidad, si es posible, que os lo haya contado,
señora, y que jamás una boca tan pura
se abra para contar esta horrible aventura.
Confiémonos ahora a equitativos dioses,
que en justificarme bien tendrán interés.
Tarde o temprano, Fedra, castigado su crimen,
no podrá evitar la más justa ignominia.
Es la única reserva que ahora os exijo
y lo demás lo dejo para mi justa cólera.
Huid de la esclavitud que sufristeis hasta ahora.

Atreveos a seguirme, a acompañar mi huida.
Abandonad lugar tan funesto y profano
donde la virtud sufre un aire envenenado.
Servíos, al ocultar, vuestro presto retiro,
de esa confusión que mi desgracia trae.
Os puedo, en la fuga, asegurar los medios.
Ahora no tenéis más guardias que los míos.
Potentes defensores tendrá así nuestra causa.
Argos ya nos reclama, Esparta ahora nos llama.
Los comunes amigos escuchan nuestras quejas.
No dejemos que Fedra, a los dos implicándonos,
nos arroje a los dos del trono de mi padre,
y prometa a su hijo mi despojo y el vuestro.
La ocasión es buena y hay que aprovecharla.
¿Qué miedo os retiene? ¿Parece que dudáis?
Solo en vuestro interés he intentado esta audacia.
Cuando soy todo fuego, ¿por qué restáis de hielo?
¿Teméis marchar detrás de quien es desterrado?

ARICIA: No, señor, tal exilio, me sería querido.
Unida a vuestra suerte, en tan felices dichas,
viviría olvidando lo que quede del mundo.
Pero no estando unidos por un tal dulce lazo,
¿podría yo con honor salir de aquí con vos?
Bien sé que sin herir al más severo honor
puedo yo liberarme de la ley de Teseo.
Esto no es arrancarme del seno de mis padres.
La fuga es permitida si se huye de un tirano.
Pero me amáis, señor, y mi honra, alarmada...

HIPÓLITO: No, no, muy gran cuidado tengo de vuestro nombre.
Un más noble designio me trae ante vos.
Huid de los enemigos, seguid a vuestro esposo.
Libres en las desgracias, porque el cielo lo ordena,
nuestra fidelidad no depende de nadie.
No siempre están las bodas adornadas de antorchas.
De Trecenia a las puertas y entre aquellas tumbas,
de mis ancestros príncipes severas sepulturas,
hay un templo sagrado, terror de los perjuros.
Allí ningún mortal osa jurar en vano:

la perfidia recibe un castigo inmediato;
y temiendo encontrar inevitable muerte,
la mentira no encuentra un freno más terrible.
Allí, si me creéis, de un amor perpetuo
iremos a prestar solemne juramento.
Será nuestro testigo el dios que allí se adora;
los dos le pediremos que nos sirva de padre.
Invocaré los nombres de los sagrados dioses,
y la casta Diana, también la augusta Juno,
en fin, todos los dioses, testigos de este amor,
serán la garantía de mi santas promesas.

ARICIA: Viene el rey. Huid, príncipe. Partid lo antes posible.
Para ocultar mi marcha, me detengo un instante.
Id ya, pero dejadme alguna fiel guía
que hacia vos enderece mis tan tímidos pasos.

Escena II
(TESEO, ARICIA, ISMENE)

TESEO: Dioses, mi confusión por vosotros quitada,
hace de estos lugares que yo vea la verdad.

ARICIA: Ismene, piensa en todo, prepárate a la huida.

Escena III
(TESEO, ARICIA)

TESEO: El rostro se os demuda y parecéis turbada.
Señora, ¿vos sabéis qué hacía Hipólito aquí?

ARICIA: Señor, se despedía de mí ya para siempre.

TESEO: Vuestros ojos supieron domar fiero coraje.
Sus primeros suspiros han sido obra vuestra.

ARICIA: Señor, yo ya no puedo negar lo que es verdad.
Él no heredó de vos hacia mí injusto odio.
Él nunca me ha tratado como a una criminal.

TESEO: Entiendo, os ha jurado un amor perdurable.
No os fieis mucho de alguien tan inconstante
porque a otras juró un amor semejante.

ARICIA: ¿Él, señor?

TESEO: ¿No sufrís sabiendo que os comparte?

ARICIA: ¿Y cómo soportáis que horribles calumnias
osen dañar el curso de una tan bella vida?
Deberíais verlo como alguien no voluble,
¿tan poco conocéis cómo es su corazón,
y tal mal distinguís lo malo y la inocencia?
¿Posible es que a vos solo una odiosa nube
no os deje ver virtud que para todos brilla?
Entregarle a esas lenguas pérfidas es demasiado.
Cesad. Arrepentíos de deseos homicidas.
Temed, señor, temed que el riguroso cielo
os oiga a tal punto que cumpla vuestros votos.
A menudo en su cólera recibe nuestras víctimas,
y sus dones, a veces, castigan nuestros crímenes.

TESEO: No, vos buscáis en vano cubrir sus atentados,
y vuestro amor os ciega en favor del ingrato.
Me fío de testigos ciertos e irreprochables.
He visto derrarmarse lágrimas verdaderas.

ARICIA: Atento seáis, señor. Vuestra invencible mano
libró a la humanidad de monstruos innombrables.
No acabasteis con todos, porque uno aún vive...
Vuestro hijo, señor, me impide proseguir.
Sabiendo yo el respeto que él os tiene siempre,
mucho le afligiría si yo siguiera hablando.

Imito su pudor, de vuestro lado huyo
para no ser forzada a romper mi silencio.

Escena V
(TESEO)

TESEO: ¿Qué es lo que piensa ella? ¿Qué oculta ese discurso?
Muchas veces empieza y siempre se interrumpe.
¿Quiere desconcentrarme con vano fingimiento?
¿O se han puesto de acuerdo para así atormentarme?
Mas yo mismo a pesar de mi rigor severo
en mi corazón oigo una voz plañidera.
Una piedad secreta me aflige y me conmueve.
Ya de nuevo deseo interrogar a Enone,
dilucidar mejor los detalles del crimen.
¡Guardas! Haced que Enone, venga sola hasta aquí.

Escena V
(TESEO, PANOPE)

PANOPE: Ignoro los proyectos que la reina medita,
señor, mas mucho temo del ansia que la agita.
En su rostro se pinta una mortal angustia.
La blancura de muerte ya ha cubierto su cara.
Ignominiosamente por la reina expulsada,
Enone se ha matado arrojándose al mar.
Nadie sabe el porqué de tan fatal designio,
las olas no han sabido devolvernos su cuerpo.

TESEO: ¿Qué oigo?

PANOPE: Esa muerte no ha calmado a la reina.
La turbación aumenta en su alma insegura.
A veces en alivio de secretas torturas
ella toma a sus hijos y los baña en su llanto.
Y, de pronto, en renuncia de su amor maternal,
su mano, con horror, los aleja de ella.
Vaga sola, al azar, con indecisos pasos,

sus ojos, extraviados, no conocen a nadie.
Ha tres veces escrito y, cambiando el deseo,
tres veces destruido la carta comenzada.
Dignaos ya, Señor, dignaos socorrerla.

TESEO: ¡Cielos! ¿Ha muerto Enone y Fedra morir quiere?
¡Que se llame a mi hijo, que venga a defenderse!
¡Que venga a hablarme que dispuesto estoy a oírle!
Y no te precipites en tus funestos dones,
Neptuno. Confiando en testigos impropios,
imploré algo de ti con mis manos crueles.
¿Qué males no vendrán de mis malos deseos?

Escena VI
(TESEO, TERÁMENES)

TESEO: ¿Terámenes, eres tú? ¿Qué has hecho de mi hijo?
Yo te lo confié en su más tierna edad...
Pero, ¿de dónde nacen esos llantos que veo?
¿Dónde está ahora él?

TERÁMENES: Tardío, superfluo celo.
¡Oh, ternura ya inútil! Hipólito ha muerto.

TESEO: ¡Dioses!

TERÁMENES: Yo he visto perecer al mortal más amable,
y oso decirlo a vos: vi al menos culpable.

TESEO: ¿Mi hijo ya no es? ¿Cuando quiero su abrazo
los dioses impacientes aceleran su muerte?
¿Qué golpe me lo quita? ¿Qué tan rápido rayo?

TERÁMENES: Apenas de las puertas de Trecenia salimos,
él iba ya en su carro. Sus guardias, afligidos,
imitan su silencio y están en torno a él.
Seguía, pensativo, el camino a Micenas,
las riendas aflojaba su mano a los caballos.
Sus soberbios corceles, que vimos otras veces

llenos de noble ardor su voz obedecer,
ahora miraban tristes y la cabeza baja,
como si se amoldaran a la tristeza de él.
Un espantoso grito, surgido de las aguas,
ha turbado la paz del ambiente sereno.
Del seno de la tierra una voz espantosa
respondía, gimiendo, al grito formidable.
En nuestros corazones nuestra sangre se heló.
Los corceles, alertas, erizaron sus crines.
Y entonces en el lomo de líquida llanura
se eleva en borbotones una montaña húmeda.
La ola se acerca, rompe y escupe ante nosotros,
entre rizos de espuma un monstruo furioso.
Su gran frente está armada de amenazantes cuernos,
todo el cuerpo cubierto de escamas amarillas;
es un toro indomable, dragón impetuoso;
su grupa está curvada en repliegue tortuoso.
Sus terribles gemidos hacen temblar la orilla.
La tierra se conmueve, el aire está infectado.
El cielo con horror ve al monstruo salvaje.
La ola que lo trajo retrocede espantada.
Todos huyen, no se arman de un valor que era inútil.
En el templo cercano cada uno busca asilo.
Solo Hipólito, digno hijo de tan gran héroe,
detiene sus corceles, toma sus jabalinas;
ataca, lanza un dardo con su mano segura
y en el flanco hace al monstruo una profunda herida.
El monstruo, dando un salto de dolor y de rabia,
va al pie de los caballos y cae entre gemidos.
Se levanta y presenta una garganta en llamas
que cubre a los caballos de fuego, sangre y humo.
Estos, llenos de pánico, y sordos esta vez
no conocen el freno ni obedecen la voz.
En esfuerzos inútiles su amo se consume;
enrojecen el freno con su sangrienta espuma.
Se dice que se vio, en este gran desorden,
a un dios que espoleaba sus polvorientos flancos.
El miedo, entre las rocas, arroja a los caballos.
El eje cruce, roto. El intrépido Hipólito
ve volar por el aire su carro destrozado.

Él mismo cae allí, en las riendas prendido.
Excusad mi dolor. Esa imagen cruel
será para mis llantos una fuente perpetua.
Yo vi, señor, yo vi, que a vuestro infeliz hijo
lo arrastraban corceles que él mismo alimentó.
Quiere tranquilizarlos, mas su voz los espanta.
Corren. Todo su cuerpo es ya una pura llaga.
Nuestros tristes gemidos inundan la llanura.
Los corceles al fin detienen su carrera
y se paran no lejos de las antiguas tumbas,
donde de nuestros avos están las frías reliquias.
Corrí hacia allí, gimiendo, su guardia me siguió.
La huella de su sangre nos sirvió de camino:
ha teñido las rocas; las espinosas zarzas
tenían de los caballos los sangrantes despojos.
Llego, lo llamo, él me ha tendido su mano.
Mortecino abre un ojo que enseguida se cierra.
“El cielo”, dice, “arranca una vida inocente.
Cuida, cuando esté muerto, de mi querida Aricia.
Amigo, si mi padre, desengañado, un día
llorara la desgracia de hijo en falso acusado,
para aplacar mi sangre y mi sombra errabunda,
dile que con dulzura trate ahora a su cautiva,
que le devuelva...”. Entonces el héroe murió,
dejando entre mis brazos desfigurado cuerpo,
triste objeto del triunfo de la divina cólera
y al que ni vos, su padre, podríais reconocer.

TESEO: ¡Hijo mío, esperanza que yo mismo quité!
¡Inexorables dioses, que me habéis bien oído,
a qué mortales duelos mi vida es reservada!

TERÁMENES: La tímida Aricia entonces ha llegado.
Ella venía, señor, huyendo vuestra cólera,
para, cara a los dioses, tomarlo por esposo.
Se acerca, ve la yerba roja y espumeante.
Ve, ¡qué mal objeto para ojos amantes!,
a Hipólito tendido, sin forma y sin color.
Durante un corto tiempo duda de su desgracia,
y no reconociendo al héroe que adora,

ve a Hipólito y, sin embargo, me pregunta por él.
Pero, al fin ya segura de lo que ven sus ojos,
con su triste mirada recrimina a los dioses,
y fría, y gimiendo, casi desvanecida
a los pies de su amante se derrumba vencida.
Ismene, junto a ella; Ismene, toda en llanto,
la devuelve a la vida o, mejor, al dolor²⁷.
En cuanto a mí, he venido, aborreciendo el día,
a contaros de un héroe la voluntad postrera,
y a cumplir, señor, el desgraciado oficio
que su alma, expirando, me había confiado.
Pero veo que ya viene su mortal enemiga...

Escena última
(TESEO, FEDRA, TERÁMENES,
PANOPE, GUARDIAS)

TESEO: Así, habéis triunfado, mi hijo está sin vida.
¡Qué fundados temores y qué cruel sospecha,
excusarlo me hacían, con razón alarmarme!
Señora, ya está muerto. Apropiaos de la víctima,
alegraos de su pérdida, sea injusta o legítima.
Consiento en cerrar los ojos engañados.
Le creeré criminal, ya que vos lo acusáis.
Su muerte da motivo suficiente a mi llanto,
sin tener que buscar los odiosos detalles
que, sin que lo devuelvan a mi justo dolor,
no harían otra cosa que aumentar mi desdicha.
Dejadme que yo, lejos de vos y de estas costas,
aleje la sangrante imagen de mi hijo.
Confuso, perseguido por un mortal recuerdo,
del entero universo querría yo salir.
Todo parece ir contra mis injusticias.
El brillo de mi nombre aumenta mi suplicio.
Si menos conocido, me ocultaría mejor.
Odio ya hasta el cuidado con que me honran los dioses,
me dispongo a llorar sus dones asesinos,
sin cansarlos ya más con inútiles rezos.
Lo que ahora a mí destinen su funesta bondad

no podrá compensarme por lo que me quitaron.

FEDRA: Teseo, hay que romper un injusto silencio.
Se debe a vuestro hijo devolver la inocencia.
Él no era culpable...

TESEO: ¡Ah, padre infortunado!
¡Sobre vuestra palabra yo lo había condenado!
Cruel, piensas que es eso una excusa que basta...

FEDRA: El tiempo me es precioso, escuchadme, Teseo.
Soy yo quien a ti hijo, casto y respetuoso,
dirigí mi mirar, profano, incestuoso.
El Cielo puso en mí una llama funesta.
La detestable Enone condujo todo el resto.
Ella temía que Hipólito, sabiendo de mi amor,
descubriera una llama que le causaba horror.
La pérfida, abusando de mi flaqueza extrema,
se apresuró a acusarlo ante su mismo padre.
Ella se ha castigado y huyendo de mi cólera
ha buscado en el mar un suplicio muy dulce.
Yo debería ya haberme dado muerte,
pero oía gemir la virtud calumniada.
He querido, ante vos, exponer mi pesar,
e ir hacia los muertos por camino más lento.
Ahora mismo ya surca por mis venas ardientes
un veneno que a Atenas trajo un día Medea.
Ya junto al corazón el veneno ha llegado
y da a mis entrañas un frío desconocido.
Ya no veo más que, a través de una nube,
al cielo y al esposo que mi presencia ofende.
Y la muerte, a mis ojos, robándole la luz,
devuelve al día ofendido por mí su gran pureza.

PANOPE: Ella muere, señor.

TESEO: De una acción tan negra,
pudiera la memoria también morir con ella.
Vamos y, de mi error demasiado consciente,
nuestros llantos se mezclen con la sangre de Hipólito.
Vayamos a abrazar lo que queda de él,
a expiar el furor de un voto que detesto.
Los honores rindámosle que tanto ha merecido.
Y para que se aplaquen sus manes irritados,
a pesar del complot de su injusta familia,
quiero que Aricia sea para mí una hija.

²⁷ Esta soberbia descripción de la muerte de Hipólito tiene correspondencia en numerosas pinturas, destacando una de Rubens, en 1610.

Table of Contents

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Inicio](#)

Aristóteles
Ética a Nicómaco
(selección)



selección doce uvas

RIALP

Ética a Nicómaco

Aristóteles

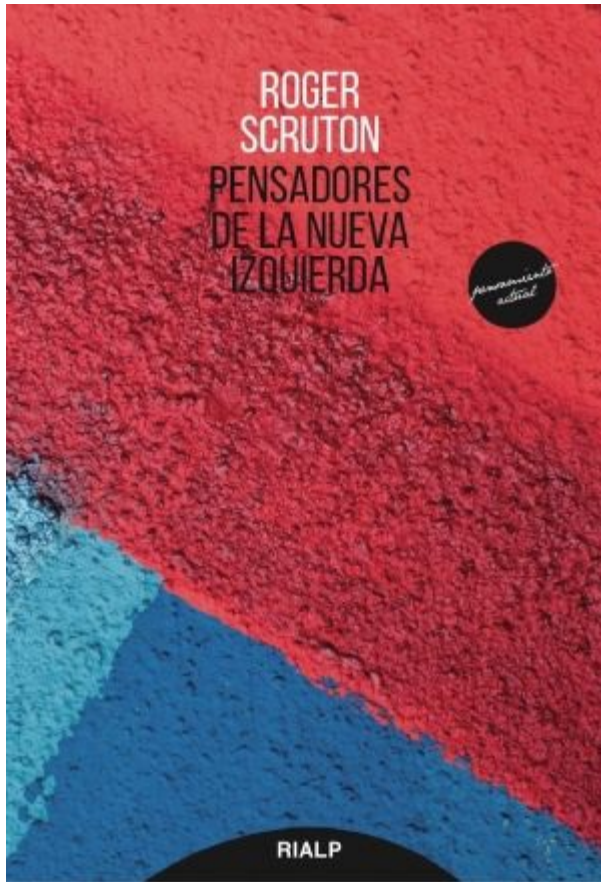
9788432148545

98 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La Ética a Nicómaco es una colección de textos de Aristóteles, destinados a ser leídos y discutidos en el Liceo, su escuela en Atenas. Examina la naturaleza de la virtud y el contenido de muchas de ellas, reflexiona sobre la felicidad, el placer y el dolor, y ofrece sobre todo un excelente tratado sobre la amistad. Esta selección recoge textos que gozan de vigencia universal tanto en el espacio como en el tiempo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Pensadores de la nueva izquierda

Scruton, Roger

9788432148002

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scruton inicia este estudio sobre los fundamentos de la Nueva Izquierda en 1985, publicando un libro con este mismo nombre. En él analizaba a Sartre y Foucault, Habermas, Galbraith y Gramsci. Ha revisado el texto, incluyendo a pensadores de influencia creciente como Lacan, Deleuze y Guattari, Said, Badiou y Žižek. La edición de 1985 fue controvertida y recibió numerosas críticas en los círculos intelectuales europeos, por su estilo provocativo.

Mientras tanto -eran los años de la caída del Muro-, era traducido en numerosos países de herencia comunista. Scruton trata de explicar "qué hay de bueno en los autores que trato, y qué hay de malo. Mi esperanza es que el resultado pueda beneficiar a lectores de todas las opciones políticas".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

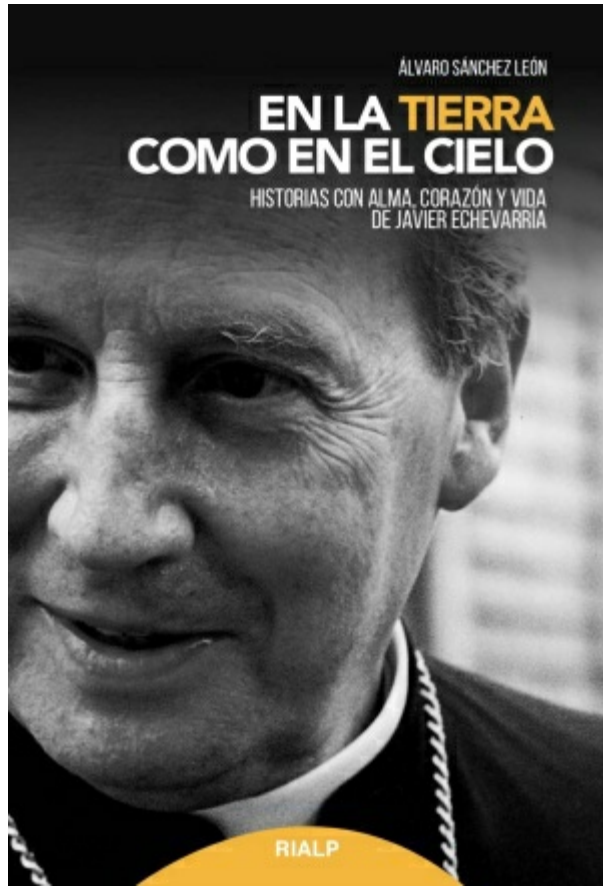
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Créditos	3
Inicio	4